

# La historia contemporánea en Francia\*

*François Dosse*  
ESPACES TEMPS

**E**l historiador no escapa a su época y las preguntas que hace al pasado a menudo encuentran sus fuentes en la contemporaneidad. Por haber dejado de lado esta dimensión esencial de la función historiadora, la escuela que ha ocupado una posición hegemónica en Francia desde los años cincuenta, la de los *Annales*, hoy está en crisis y en vías de fragmentación. Ambos padres fundadores, Marc Bloch y Lucien Febvre, habían definido su programa de renovación del discurso histórico privilegiando la historia del presente, el esclarecimiento de la actualidad por parte del historiador. Sin embargo, la respuesta al desafío de Durkheim,

luego al del estructuralismo, ha dejado en un abandono progresivo esta ambición, por haber preferido intervalos de más larga duración, inmovilidades y permanencias históricas cognoscibles mediante técnicas cuantitativas. Así pues, el historiador ha dejado el presente, lo ha abandonado en manos del cronista, del periodista, para consagrarse a los tiempos menos inasibles de la era medieval y moderna.

Hoy asistimos a una reinversión bastante espectacular, así como a una reinvestidura de esta historia contemporánea. Esto no significa que se pasen por alto una serie de aportes esenciales de la investigación histórica de estos últimos años, aun cuando ciertas empresas hayan elegido la facilidad de un simple restablecimiento de la ma-

\* Traducción de Rossana Reyes.

nera positivista en que se trataba la historia antes de los *Annales*.

A mediados de los ochenta se pone de manifiesto el contexto de crisis, de fragmentación de la nueva historia de los *Annales*. Desde 1980 Pierre Nora había tomado sus distancias al sacar la revista *Le Débat*, que se proponía ser más ecléctica, estar más conectada con la dimensión política de la historia. Al mismo tiempo, Pierre Chaunu evocaba la era de los rendimientos decrecientes y sacaba su propia revista. Por su parte, François Furet dejó por voluntad propia la dirección de la *École de Hautes Études en Sciences Sociales* en 1985 para dirigir otra red de historiadores y filósofos en el marco del Instituto Raymond Aron, del que se hizo cargo en ese momento, promoviendo una historia más conceptual y desligada de su sustrato económico y social. En este contexto aparecen dos obras críticas, en 1983 y 1987,<sup>1</sup> y el historiador Georges Duby declara: "Hemos llegado al final de algo [...] Tengo la sensación de haber quedado sin aliento."<sup>2</sup> Después de haber evitado cuidadosamente cualquier tipo de cuestionamiento, la revista *Annales* trataría la nueva coyuntura de manera espectacular, dramatizando el editorial de su número de marzo-abril de 1988 bajo un encabezado en letras rojas: "Histoire et sciences sociales. Un tournant critique (Historia y ciencias sociales. Una encrucijada crítica)", que evoca la necesidad de una nueva premisa, de nuevas alianzas y que pide

contribuciones para una redefinición de lo que es la especificidad del enfoque histórico:

Hoy parece haber llegado el tiempo de las incertidumbres [...] Los paradigmas dominantes, que solíamos buscar en los marxismos o en los estructuralismos, así como en los usos confiados de la cuantificación, pierden su capacidad de estructuración.<sup>3</sup>

Esta demanda de contribuciones daría lugar a la publicación de un número especial en noviembre-diciembre de 1989 sobre la encrucijada crítica. Ahora bien, todos los temas desarrollados en este editorial definen una especie de nuevo programa de orientación para la investigación histórica y anuncian un viraje radical, así como una crítica con respecto a las posiciones anteriores. En primer lugar, el editorial demuestra que el diálogo interdisciplinario, tal y como se había conducido, corría el riesgo de hacer perder al historiador lo que fundaba la identidad de su disciplina:

Hay que abogar de una manera falsamente paradójica por una afirmación de las identidades disciplinarias. En esta empresa plural, la exploración de los mecanismos temporales debe constituir la contribución particular de la historia.<sup>4</sup>

<sup>1</sup> Cotau-Bégarie, *Phénomène*, 1983 y autor de *Miettes*, 1989.

<sup>2</sup> Duby, *Magazine*, 1987.

<sup>3</sup> Editorial, *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, marzo-abril de 1988.

<sup>4</sup> Editorial, *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, noviembre-diciembre de 1989, p. 1318.

El segundo nivel de la autocrítica consiste en subrayar los peligros del predominio otorgado a la larga duración, que se mostraba propensa a borrar las rupturas, los cambios históricos en favor de las permanencias:

La metáfora de la estratificación de los planos de la historia y el particular cuidado de los fenómenos de más larga duración llevan en ellos el riesgo de olvidar los procesos por los que llega lo nuevo.<sup>5</sup>

Además, el editorial de los *Annales* reconoce haber cedido a cierto positivismo o cientificismo y haber dejado de lado la dimensión interpretativa de la historia:

La historia [...] se ha preocupado casi desde el principio por medir los fenómenos sociales [...] Así se ha reunido y analizado un material enorme. Pero en el desarrollo mismo de la investigación, la acumulación de datos le ha ganado el paso a la ambición y a veces al cuidado mismo de la interpretación.<sup>6</sup>

Este positivismo ha dejado al margen la dimensión humana de la historia, la capacidad de autonomía del individuo con respecto a todo lo que condiciona y que le permite formular e inscribirse en lo real a partir de prácticas singulares:

La sociedad no es una cosa. No deja de tener importancia que un buen número de investigaciones actuales converjan al

apartarse de los dos grandes modelos que han dominado las ciencias sociales, el modelo funcionalista y el modelo estructuralista, orientándose hacia el análisis en términos de estrategias.<sup>7</sup>

Finalmente, reconociendo de manera implícita la legitimidad del tema crítico central de mi libro *L'histoire en miettes*, sin advertir su existencia, por supuesto, el editorial evoca los riesgos de la fragmentación de la disciplina histórica:

La expansión acelerada del territorio del historiador, la multiplicación de las provincias inéditas han sido adquiridas al precio de un riesgo inesperado: el de una nueva subdivisión que, esta vez, no ocurriría entre las ciencias sociales, sino en el interior de nuestra disciplina misma, bajo el disfraz de nuevas especializaciones.<sup>8</sup>

Así pues, como puede apreciarse, los *Annales* fijan fecha e inauguran de este modo una nueva veta de investigaciones singularmente prometedora, siempre y cuando haya consecuencias.

Hoy el campo de investigación de los historiadores se ha diversificado; en este punto en movimiento le compete el desafío de marcar fronteras nítidas entre las diversas vías y modos de escritura de la historia contemporánea. No obstante, se pueden discernir varias orientaciones diferentes de la investigación histórica.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 1318.

<sup>6</sup> *Ibid.*, p. 1319.

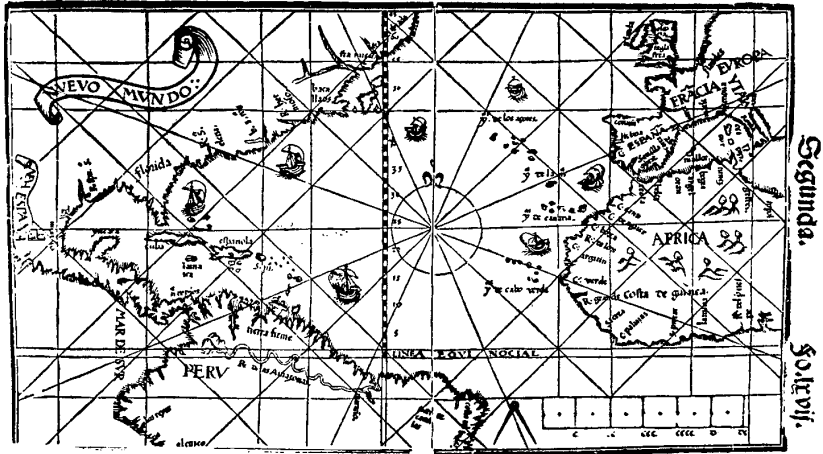
<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 1322.

### EL RETORNO DE LO POLÍTICO

Lo que domina es indiscutiblemente el retorno de lo político, el gran dominio que la tradición de los *Annales* había dejado de lado por considerarlo como propio de lo singular, de lo accidental, ante lo cual el historiador, como científico, debía prevenirse para, por el contrario, dedicarse a lo que dura. A la genealogía de lo nacional según Lavisse había seguido una genealogía de lo social, con frecuencia economicista. En cambio, hoy asistimos a una renovación segura de la historia política, cuyo iniciador en Francia fue René Rémond en 1954 con la publicación de su tesis *La droite en France*. Hoy ha nacido, en torno suyo, de la Fondation Nationale des

Sciences Politiques y de la Universidad de Nanterre o del Institut d'Histoire du Temps Present, una nueva historia política, enriquecida con las aportaciones de un fructífero diálogo sostenido con las otras ciencias sociales, sobre todo con los politólogos, la sociología electoral, los juristas. En este respecto, la publicación reciente, en 1988, de una obra colectiva bajo la dirección de René Rémond, *Pour une histoire politique*, es sintomática de esta reinversión de coyuntura historiográfica. Los autores de las doce contribuciones del libro han memorizado las lecciones de la nueva historia. Lo político se concibe aquí en un sentido ampliado al estudio de las palabras, de las manifestaciones y de los mitos fundadores del imaginario so-



cial, apuntalado por una minuciosa atención a las fluctuaciones electorales. René Rémond corrobora: "La historia política experimenta un cambio asombroso en su suerte, cuya importancia no ha sido percibida por todos los historiadores." Jean-Pierre Azéma establece el panorama de las concepciones de la guerra en su relación con la racionalidad y la violencia. Las elecciones, los partidos, las asociaciones, las biografías, la opinión, los medios de comunicación, los intelectuales, las ideas políticas, las palabras, la religión en su relación con lo político, las relaciones entre política interior y exterior son respectivamente estudiados por René Rémond, Serge Bernstein, Jean-Pierre Rioux, Philippe Levilain, Jean-Jacques Becker, Jean-Noël Jeanneney, Jean-François Sirinelli, Michel Winock, Antoine Prost, Aline Coutrot y Pierre Milza. El resultado es que lo político vuelve a irrigar el campo histórico, pero con una mirada nueva como lugar de gestión de la sociedad global, no como un subcontinente desconectado de la historia social. La ampliación de lo político al campo de lo imaginario se inició con la obra de Maurice Agulhon y su concepto clave de sociabilidad.<sup>9</sup> Definida por Agulhon como una "aptitud para vivir en grupo y para consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias", la sociabilidad ha ofrecido a la investigación un campo vasto y nuevo, como ilustra la reciente aparición de *Histoire vagabonde*,<sup>10</sup> que reúne una veintena de artículos

del periodo de 1968 a 1987. Insatisfecho con la historia política tradicional, Maurice Agulhon escruta lo más hondo de los fundamentos del civismo y del republicanismo a lo largo del siglo XIX. Tras las leyes y la es cenografía de la casta política, distingue una circulación subyacente, aquella que guarda una relación de apego a toda una demostración de fe republicana en una estatuaria específica, en inscripciones y en fuentes, que a su vez permiten la concentración y la expresión de un fervor colectivo. Algunos han aprovechado este retorno de lo político para deshacerse del lastre de las bases económicas y sociales y confinarse a una lectura estrechamente politicista. Sin embargo, no siempre es así, como por ejemplo en el caso de Blandine Barret-Kriegel (PUF), que se interesa por el discurso historiador confrontándolo al poder, o en el de Colette Beaune, que estudia el nacimiento de la nación francesa, *Naissance de la nation française*, nos hallamos lejos del discurso tradicional. En cambio, la *Histoire de France* de R. Chartier revela con estrépito el retorno de la casa de Francia en el sentido más tradicional, la victoria póstuma del viejo maestro Lavis se. En ella volvemos a encontrar las grandes crónicas de Francia que han tenido por función legitimar en su lugar al poder real a partir de una nación-anunciación. Es una historia que refleja con toda fidelidad la razón de Estado de una Francia encarnada por las sucesivas familias reales. Las grandes batallas vuelven a ocupar su lugar, hasta ese momento disputado, y quienes restauran su importancia son

<sup>9</sup> Agulhon, *République*, 1979.

<sup>10</sup> Agulhon, *Histoire*, 1988.

quienes ayer la disputaban. Esta historia estrechamente política accede a la dimensión de una escritura más conceptual con François Furet, quien dirige el Instituto Raymond Aron desde 1984; allí se codea con toda una red de filósofos con quienes ha colaborado para publicar con Mona Ozouf el *Dictionnaire critique de la révolution française*. Su problematización del periodo la logra al elevado costo de despreocuparse de toda la dimensión económica y social de la historia. De este modo, su amplísimo *Dictionnaire* no incluye ni siquiera una entrada, a lo largo de mil páginas, ni para burguesía ni para capitalismo. Simplemente mandó a paseo a la historia social.

Este retorno de lo político vuelve a colocar al frente de la escena de los medios de comunicación y de las crónicas estivales de *Le Monde* a los historiadores de ciencias políticas. René Rémond se ha convertido en el más experto comentarista de veladas electorales en televisión; Michel Winock nos relata 1789 durante la cena; Jean-Pierre Azéma nos hace revivir las horas sombrías de 1939 en ocasión del 40 aniversario y Jean-Pierre Rioux anima *XX<sup>e</sup> siècle. Revue d'histoire*, difundida por la imprenta de la Fundación de Sciences Politiques. Aclarar la densidad temporal de lo que está en juego en el presente es su ambición común. El lugar conferido a lo político es preponderante, sin desahucarse por ello de un cuestionamiento problemático en favor del simple relato cronológico.

## EL RETORNO DE LO BIOGRÁFICO

El otro gran ídolo de la tribu historiadora que, siguiendo los consejos ofrecidos por el durkeimiano François Simiand en 1903, había sido radicalmente eliminado del discurso historiador serio de los *Annales*, es el ídolo biográfico. Sin embargo, en la última década, la historia se escribe cada vez más en singular y la historia biográfica vive un impulso espectacular. En 1975, el éxito resonante de Paul Murray Kendall con su *Louis XI* ha hecho surgir y resurgir vocaciones contenidas. El advenimiento del milenio de los Capetos y el contexto individualista se han encargado del resto para volver a poner de moda un género que hasta entonces gozaba de singular desprestigio y se dejaba a los historiadores de domingo. Todas las escuelas habían exhumado al unísono la biografía. Hacía mucho ya que Jean Lacouture destacaba en el género dentro del campo de la historia contemporánea con sus *Blum, Malraux, Mendés-France, De Gaulle...* Hasta la fecha se conocen cerca de dos mil obras publicadas sobre el general De Gaulle y el centenario de su nacimiento ha ofrecido otra abundante cosecha sobre el tema. El comienzo de la temporada literaria de otoño de 1990 también ha permitido medir la amplitud del fenómeno del retorno a lo biográfico con las publicaciones de la biografía de *Alexandre III* escrita por Henri Troyat (Flammarion), de *Staline*, por Dimitri Volkoganov, de *Mazzarín*, por Pierre Goubert, de *Kantoro-wicz*, por Alain Boureau o una vez más con el *Hitler* de Martín Steinert. En

este concierto encontramos incluso a los historiadores de los *Annales*, escuela que nació contra el género biográfico: Marc Ferro publicó en fechas recientes un *Pétain*; Jacques Le Goff prepara un *Saint Louis*, y Pierre Chaunu un *Calvin*... Definitivamente, el individuo, lo biográfico, se presentan como el menor común denominador de todos los historiadores que se reúnen más allá de sus discrepancias políticas y teóricas. Este retorno al *otro* en su singularidad va acompañado de un interés autobiográfico, de un cuestionamiento sobre sí, que el historiador Pierre Nora puso a prueba hace poco tiempo, con la misma tribu historiadora, al definir un nuevo género desde 1985 con la egohistoria. En este caso, el historiador asume plenamente su situación de sujeto circunscrito en el presente sin desaparecer ya tras la supuesta neutralidad científica. Las delicias del ego dan incluso lugar a una obra presentada por Pierre Nora, quien en esta ocasión reúne egohistorias de cierto número de historiadores que se aplican a sí mismos un método ampliamente probado con otros, para volver más transparente la relación de la historia que escribimos con la historia que modela la mirada del historiador.<sup>11</sup> Este cuidado de sí permite elucidar las grandes sentencias de la conciencia histórica de una generación. Ya no estamos en esos tiempos, no tan lejanos, en que —como recuerda Marc Ferro— se llevaba a cabo un gran coloquio internacional sobre

la revolución de 1905, en el que ninguno de los treinta participantes hubiese propuesto dar una charla sobre Nicolás II o algún coloquio precedente que tratara sobre el gobierno de Vichy, en el cual se considerara a Pétain.

#### EL RETORNO DE LA CASA DE FRANCIA

A fines de los años ochenta tuvo lugar en Francia un gran debate sobre la enseñanza de la historia, sobre la pérdida de los grandes parámetros y la dilución de la memoria nacional en beneficio de una historia fragmentada. El presidente de la república, François Mitterrand, se interesó en él y participó de sus inquietudes. Entonces los historiadores reorientaron su discurso hacia la nación e incluso se ve a Fernand Braudel, el historiador especialista de los grandes espacios, de las economías-mundo fuera de los marcos nacionales, elegir el marco nacional como objeto último de investigación. En 1986 publica *L'identité de la France*, que comienza con una profesión de fe: "Lo digo de una vez por todas: amo a Francia con la misma pasión, exigente y complicada, de Jules Michelet",<sup>12</sup> precisando a la vez que esta pasión la mantendrá a distancia en su estudio. Ver al papa de la nueva historia recuperar el marco de las fronteras nacionales es algo digno de asombro, aunque, en realidad, los *Annales* nunca desertaron del territorio francés, sino que se apegaron sobre todo a las monografías locales, alejándose de los horizontes del

<sup>11</sup> Maurice Agulhon, Pierre Chaunu, Georges Duby, Raoul Girardet, Jacques Le Goff, Michelle Perrot, René Rémond, reunidos y presentados por Pierre Nora, *Essais*, 1987.

<sup>12</sup> Braudel, *Identité*, 1986, p. 9.

Estado-nación. Asistimos, pues, a un verdadero retorno de lo que se había descartado. Por su parte, también Pierre Nora vuelve a emprender el camino de regreso a la Casa de Francia, a pesar de tratarse de una historia cuyo propósito es renovarse, con la memoria como objeto. Nora inicia en 1984 la publicación de una enorme empresa colectiva con *Les lieux de mémoire*. Presenta este nuevo interés por la memoria y sus lugares como expresión misma del agotamiento de la historia, el síntoma de un periodo poshistórico en el cual "la *raison d'être* fundamental de un lugar de memoria es detener el tiempo, bloquear el trabajo del olvido, fijar un estado de cosas..."<sup>13</sup> Dos miembros del comité de dirección de los *Annales*, André Burguière y Jacques Revel, también se han unido recientemente a la vuelta a Francia dirigiendo otra empresa colectiva, que empezó a aparecer a principios de 1990 con una *Histoire de la France*, cuya orientación sigue fiel a la de la escuela de los *Annales* de la última generación, aunque limita su propósito al marco nacional.<sup>14</sup> Esta historia no es la de la historia-reconocimiento, legitimación a posteriori como la que escribe Ernest Lavisse; le opone los logros de la investigación historiográfica en tal forma que no sitúa el Rin como frontera natural entre Francia y Alemania, sino como un rasgo de unión entre las poblaciones de las dos riberas, precisamente como ya lo había mos-

<sup>13</sup> Nora, *Lieux*, 1984, p. xxxii.

<sup>14</sup> Burguière y Revel, *Histoire*, 1989. El tomo I bajo la dirección de J. Revel "L'espace français"; el tomo II bajo la dirección de J. Le Goff, "L'Etat et les pouvoirs".

trado Lucien Febvre. La concepción del poder que destaca en el volumen dirigido por Jacques Le Goff permite tomar en cuenta representaciones, sueños, símbolos y el imaginario colectivo, estrechamente enlazados con la historia real de los soberanos y del pueblo. La historia de las mentalidades, de moda desde los años sesenta, se encuentra aquí en el corazón del análisis y el desfile de los dirigentes, de los soberanos, se aprehende a través de toda la simbólica del poder, que aprovecha al máximo para sus intereses.

Pero tras el repliegue hacia el interior de las fronteras nacionales, la historia-batallas tradicional, la de Ernest Lavisse, no se encuentra lejana, como puede juzgarse por la sorprendente publicación de la *Histoire de France*, cuyos dos primeros volúmenes aparecieron a fines de 1987 bajo la dirección de dos historiadores de los *Annales*, George Duby y Emmanuel Le Roy Ladurie. Los siguientes también han sido escritos por historiadores de la misma escuela: François Furet se encargó del volumen consagrado a la Revolución y Maurice Agulhon del que tiene por objeto la república. Sorprende ver historiadores que hasta ese momento habían disputado con la escuela positivista, calificada de historicista con el mayor desprecio, volver a echar mano de un enfoque lavissiano de la historia. Aquí encuentra Francia un inicio. Uno se perdía en conjeturas sobre los orígenes troyanos, galos o francos y, a la hora del milenio capeto, se descubre que Francia comienza con Hugues Capet en 987, ¡hace exactamente mil años! Se vuelven a encon-

trar las etapas de las grandes crónicas de Francia que tienen como función legitimar el poder real establecido a partir de una nación-anunciación, verdadera leyenda de los siglos, como en fechas recientes lo ha demostrado con precisión y minucia la historiadora Suzanne Citron en su último libro *Le mythe national*.<sup>15</sup> Hoy más que nunca, esa mitología que percibe la realidad a través de una fetichización de la realidad nacional ha puesto manos a la obra en toda una corriente de revisión de la historia colonial. Esta corriente rompe radicalmente con el discurso tercermundista que fue la corriente dominante de los sesenta y plantea una nueva lectura de la página colonial de Francia. Se propone descargar de culpas a la metrópoli y ofrecer un balance globalmente positivo de lo que se percibe como una aportación de parte de los colonos a los colonizados.

La muy reciente aparición de un fresco colectivo sobre la historia colonial francesa<sup>16</sup> es sintomática de esta evolución. Es una historia que vuelve a centrarse en la metrópoli colonial. Cierto, la obra rebate ciertos mitos, ciertos excesos de cifras, como el de los 45 mil muertos de Sétif en Argelia en 1945, y lo que fue llamado "genocidio francés en Argelia"; pero ¿es esto una razón suficiente para considerar el balance global de la colonización sin tomar en cuenta su dimensión ética,

<sup>15</sup> Citron, *Mythe*, 1987.

<sup>16</sup> Meyer, *Histoire*, 1991, colaboran en ella Jean Meyer, Jean Tarrade, Annie Rey-Goldzeitger, Jacques Thobie, Gilbert Meynier, Catherine Coquery-Vidrovitch y Charles Robert Ageron; t. I: "Des origines à 1914"; t. II: "1914-1990".

su dimensión de explotación, de dominación y de ignorancia del otro en su otredad?

### LAS VETAS PIONERAS

Recientemente se abrió una veta más innovadora con la historia intelectual. No es el simple renacimiento de la historia de las ideas, pues se ha materializado en instituciones y ha sido relacionada con sus medios de difusión. Se pueden señalar, entre otros, el trabajo de Roger Chartier, "Histoire de l'édition française" en el libro de Jean François Sirinelli, sobre los alumnos de la Escuela Normal Superior (llamados *kbâgnes*) de entreguerras,<sup>17</sup> o el de Pascal Ory en el mismo libro, "Les intellectuels en France de l'affaire Dreyfus á nous jours".

En estas obras, la atención del historiador se dirige tanto al comportamiento de los actores de la vida intelectual, como al resultado de sus acciones, es decir a sus obras. Jean François Sirinelli describe de este modo el itinerario político-intelectual de una generación bien delimitada, que nació alrededor de 1905 y que fue estudiante en los años veinte de las clases preparatorias de la Escuela Normal Superior, los *kbâgnes*. Así vemos codearse a Jean-Paul Sartre, Raymond Aron, Claude Lévi-Strauss, Maurice Merleau-Ponty, Georges Cauquilhen, Cavailles, y el problema que se plantea el historiador es preguntarse por qué fue esta generación la primera en comprometerse activamente, en un momento en

<sup>17</sup> Sirinelli, *Génération*, 1988.

que la intervención de los intelectuales en la vida pública era excepcional, pese al caso inaugural del asunto Dreyfus. Sirinelli da una respuesta seductora con su concepto de generación, que no se limita al fenómeno biológico del grupo, la edad, sino que se articula en torno a sucesos fundadores de una identidad histórica dentro de un grupo aparentemente heterogéneo por sus tomas de posición; en el caso estudiado, se trata de la primera guerra mundial, suceso particularmente traumático. La segunda intuición de esta demostración es la de la homogeneización a partir del molde común de los *khâgnes* y de la Escuela Normal Superior de la calle de Ulm. Este examen de la historia de las ideas en su contexto material, sociocultural, ha tenido un iniciador en otro campo muy distinto con los trabajos de Carlo Ginzburg, *Le fromage et les vers*. Valiéndose del pensamiento de un molinero del siglo XVI, lleva este tipo de discurso a la teoría haciendo surgir un nuevo género, la microhistoria, que permite revelar el arraigo de los sistemas de pensamiento religioso en la sensibilidad popular. Arlette Farge, la historiadora que trabajó con Jacques Rancière y luego con Michel Foucault, recupera hoy este enfoque historiador, al margen de las esferas del poder. Se dedica a exhumar el estudio de los sucesos minúsculos de la esencia cotidiana de la vida, mediante una zambullida, en *L'archive*.

Acaba de abrirse otra gran veta que permite desplazar de nuevo las fronteras de la historia. Es fruto de un inmenso trabajo colectivo en torno a la historiadora Michelle Perrot, que

acaba de publicar en Plon los dos primeros volúmenes de una *Histoire des Femmes*, bajo su dirección y la de Georges Duby. En los orígenes de esta suma histórica que permite a la mujer salir de ese mundo del silencio donde había sido encerrada –prisionera de los discursos sostenidos a su respecto por hombres que definían lo que debía ser su verdadera naturaleza– se encuentra un seminario sobre el tema que en 1973 abrió Michelle Perrot en una nueva universidad parisina (Jussieu, París VII): “¿Tienen las mujeres una historia?” Así, constituye a su alrededor a todo un grupo de historiadores, de sociólogos, en busca de nuevas fuentes, en el ambiente de gran desarrollo posterior al 68, que revoluciona la relación hombre/mujer. En este momento decisivo, la reflexión se desvió para recuperar a los exiliados de la historia, los excluidos, los silenciosos, las culturas oprimidas. Este primer momento de la historia de las mujeres consistió en volver a dar la palabra a esas mujeres olvidadas, a restituirles una imagen. Salir del arrinconamiento fue la fase polémica de esta historia, denunciadora de las empresas de dominio del poder masculino. La cultura femenina que surgió de ahí era una cultura en negativo, trágicamente señalada por la marca del *otro*: las mujeres violadas, golpeadas, explotadas... Pero quedaba por construir una historia en positivo a partir de una tarea historiadora más constructiva, más dinámica, menos cerrada sobre sí misma por sus objetivos iniciales de combate militante: una historia concebida como una pieza mayor en la comprensión de una historia glo-

bal. A esta etapa, a la etapa de la serenidad de un frente pionero que avanzó a paso de gigante en la constitución de una amplia recopilación de textos y de representaciones, es a la que corresponde la empresa editorial de Michelle Perrot.

#### UNA HISTORIA SOCIAL RENOVADA

La gran víctima del retorno de lo político, de lo biográfico, habrá sido esta historia social, impulsada por la primera generación de los *Annales* a partir de 1929 y proseguida por Fernand Braudel, a tal punto que François Furet ha proclamado su muerte, proponiendo una lectura de la revolución francesa ceñidamente politicista.

Sin embargo, asistimos hoy a cierto renacimiento de esta historia social sobre bases renovadas. Durante mucho tiempo, se confundió con la historia meramente obrera. El padre del gran *Dictionnaire biographique du mouvement ouvrier français* es Jean Maitron, quien fundara en 1960 la revista *Le Mouvement Social*, desde la perspectiva de los trabajos que impulsó Ernest Labrousse en los años cincuenta y sesenta. Esta historia social había tomado en préstamo los métodos cuantitativos de la historia económica y tenía la ambición de reconstituir las diversas estratificaciones sociales de la sociedad francesa en un marco esencialmente departamental. También aquí el diálogo con la sociología, los politólogos, los lingüistas permitió abrir el horizonte de esta historia social a una reflexión sobre los discursos en sus interacciones con

las prácticas, sobre la dimensión estratégica del modo de ubicación de las diversas categorías sociales. Después de una época en que la historia social fue en gran medida tributaria de la historia económica –puesto que ésta se consideraba como la determinante en última instancia–, hoy tiende a cobrar autonomía para acercarse más a la sociología y a la etnología, libando su miel de todas las áreas: la ciudad, la empresa, las relaciones entre los sexos, las prácticas simbólicas. Hoy, la historia social no se identifica tanto por la singularidad de su objeto, como por un modo particular de problematización. Desde esta perspectiva el historiador Gérard Noiriel define lo que él llama un “enfoque subjetivista de lo social”.<sup>18</sup> Sitúa su intervención dentro de la senda trazada por la epistemología práctica de Lucien Febvre para contribuir al buen éxito de una historia social con plenitud de derechos, recordando las declaraciones de este último cuando, en 1960, decía que si bien hemos hecho la teoría de la historia, no hemos hecho su sociología. En este respecto, el paradigma subjetivista debe permitir que se tome en cuenta lo que el enfoque puramente cuantitativista ha dejado de lado. Esto permitirá hacer valer la noción de experiencia vivida que una perspectiva cientificista y tajante dejó de lado por tanto tiempo: “El enfoque subjetivista invita, así, a todo un trabajo crítico que apunta a reconsiderar las evidencias cotidianas, a ver en todas las cosas que nos parecen naturales un pro-

<sup>18</sup> Noiriel, “Pour”, 1989, pp. 1435-1459.

ducto arbitrario de la historia social.”<sup>19</sup> Esta historia social se abre entonces sobre la base de todo un trabajo consagrado a los modos de objetivación del saber, a las implicaciones del pasado en torno a la sociedad presente. Además, al historizar sus materiales y sus métodos, el historiador de lo social ofrece posibilidades de evitar cualquier forma de naturalización de los objetos sociales.

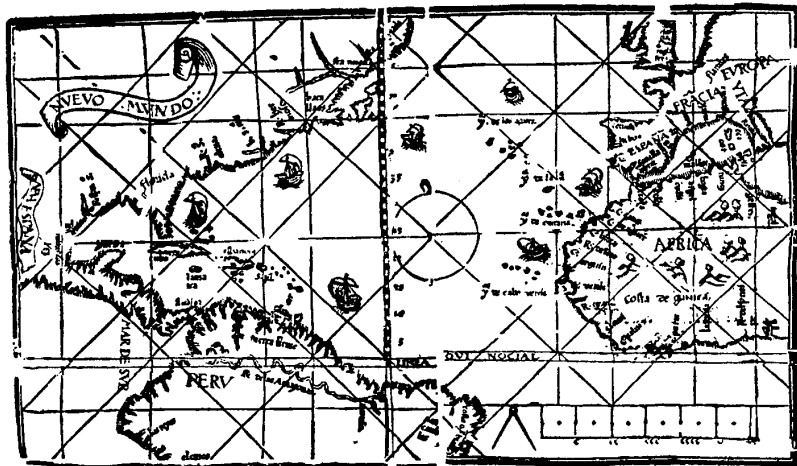
Gérard Noiriel ha comenzado a aplicar sus principios epistemológicos al publicar recientemente una nueva colección en Calmann-Lévy: *Les temps qui courent*, que pretende aclarar las cuestiones del presente y responder a la función social de la historia. Acaba de publicar una arqueología del derecho de asilo en Europa, que pone de manifiesto la fecundidad del concepto de Marcel Mauss acerca del “hecho social total”.<sup>20</sup> Refutando un enfoque puramente jurídico, Noiriel demuestra hasta qué punto las inflexiones de las prácticas del derecho de asilo dependen de la evolución de la sociedad en todos sus componentes, tanto económicos como simbólicos. En esta medida, el libro de Noiriel es también un manifiesto en favor de otra historia, la global. Al elegir como objeto el problema mayor planteado por la creciente afluencia de los refugiados políticos al ritmo de las grandes conmociones históricas, Noiriel recuerda la urgencia de un derecho que no ha dejado de proclamarse, pero que con la mayor frecuencia se restringe a límites muy estrechos: el derecho de asilo.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 1453.

<sup>20</sup> Noiriel, *Tyrannie*, 1991.

Recuerda la posición inaugural de Robespierre en 1793 al proclamar este derecho, que no era entonces sino la versión secularizada de la costumbre religiosa de proteger a los desgraciados contra todas las formas de opresión. Observa la suerte reservada a los “lisiados de lo nacional” (*infirmes du national*), que son los refugiados, y destaca la brecha existente entre las peticiones de principio y la práctica. De tal forma, discierne un momento de cambio alrededor de 1880-1890, provocado por el proceso de nacionalización de lo social, que lleva a una modernización de los medios de identificación de los individuos para establecer un espacio político homogéneo en el cual se distinguen los naturales de los extranjeros. En vísperas del bicentenario de este derecho se está dando un nuevo cambio, que no deja de recordar el fenómeno proteccionista de fines del siglo XIX, si bien ahora situado en el plano europeo. La afluencia de los refugiados de los países del sur está hoy fuertemente limitada por la reactivación de todo un dispositivo establecido desde fines del XIX, al que se añade la informática, para desalentar la llegada de nuevos inmigrantes.

En el último periodo, esta historia social se ha abierto, sobre todo, a una historia cultural convertida en la corriente dominante bajo nombres diversos: en primer lugar, el de historia de las mentalidades a partir de los años sesenta; luego, el de antropología histórica y, finalmente, el de historia sociocultural. Deudora en sus inicios de los métodos y la temporalidad larga de la historia económica, esta forma de historia también se ha eman-



cipado de esa tutela. Primero, se dedicó a los pensamientos invariables, a lo que Ernest Labrousse llamaba las resistencias de lo mental, esforzándose por calificar sociológicamente los sistemas de creencia y las prácticas culturales. Su función era mostrar la forma en que la historia permitía comprender las morosidades, los bloqueos del desarrollo económico, al acceder a las mentalidades colectivas presentadas en su carácter inamovible. Hace poco, la pertinencia de los tratamientos en serie de las delimitaciones de la historia cuantitativa volvieron a ponerse en cuestión “como una forma empobrecedora de objetivación”.<sup>21</sup> El retorno del sujeto, del ego, acompaña a un impulso de cuestionamiento de las experiencias límite, de los testimo-

<sup>21</sup> Chartier en *Histoire*, 1990, p. 92.

nios singulares fuera de las normas y de los medios estadísticos, como se observa en el éxito de la colección *Terre Humaine*, de Plon. Por otra parte, el distingo actual que opone una cultura de elite a una cultura popular parece demasiado simple en comparación con los complejos entrecruzamientos de ambos niveles, de los cuales no puede darse cuenta más que atendiendo a las articulaciones de lo singular y de lo colectivo y evitando rebajar sistemáticamente las prácticas culturales a su sustrato socioprofesional. Así pues, la historia cultural se reformula a partir del juego múltiple de las prácticas y de las representaciones, a partir de un campo definido por su autonomía respecto de lo social, como ilustra Roger Chartier en sus investigaciones sobre las diversas formas de leer, sobre las modalidades de la cre-

encia, o los diversos usos de espacio.

Hoy se desarrolla otra dimensión de la historia social y se recupera una de las grandes ambiciones no realizadas en la primera generación de los *Annales*: la utilización del saber historiador en el interior mismo de las empresas, entre los que deciden sobre la vida económica y social. En este campo, se está reevaluando la imagen de los literatos; y el historiador—quien durante largo tiempo se mantuvo lo más lejos posible de los verdaderos actores sociales— aprovecha esta salida del purgatorio. Hubo iniciadores, sobre todo el historiador Jean Bouvier, quien logró entrar en los archivos del Crédit Lyonnais a espaldas de la dirección de la empresa y pudo así sostener una tesis que se convertiría en autoridad en la materia. De acuerdo con el modelo estadounidense de la revista *Public Historian*, editada por la Universidad de Santa Bárbara con el fin de promover a los historiadores en el mundo de los negocios y las grandes dependencias públicas, Félix Torres y Maurice Hamon crearon en Francia un primer despacho privado de historia en 1983. Ellos defienden una concepción pragmática, funcional del saber historiador y suscitan encuentros y una verdadera colaboración entre historiadores y empresarios cuidadosos de su imagen, en una sociedad donde el mensaje comunicativo cuenta a menudo más que el producto mismo. Así, fue posible celebrar un gran encuentro en Blois la primavera pasada con los dirigentes de Saint Gobain.<sup>22</sup> Se están trabajando ciertas vetas, y ya

<sup>22</sup> Hamon y Torres, *Mémoire*, 1987.

se han obtenido campos de investigación. Michel Miller obtuvo permiso de los dirigentes del gran almacén Le Bon Marché para poder bajar a los sótanos de su pasado, conocido en el plano literario bajo el nombre que le diera Zolá: “Le Bonheur des Dames”.<sup>23</sup> Michel Dreyfus ha reconstituido las fuentes de esta historia social en una obra en la que figuran todas las actividades de los museos etnográficos, de las asociaciones, así como las riquezas de las bibliotecas municipales. De este modo, permite exhumar toda una zona de la memoria constituida por la labor de los trabajos y los días, micro-realidades y especialidades locales: la del peine en Oyonnax, de las alpagatas en Saint-Laurent-de-Cerdans, de del papel pintado de Rixheim.<sup>24</sup> Como se puede apreciar, la historia social no está muerta, contrariando los deseos de algunos que habrían querido arrojarla al cesto de los residuos de la historiografía de ayer.

#### EL DESAFÍO REVISIONISTA. LA VOLUNTAD DE TRIVIALIZACIÓN DEL HORROR

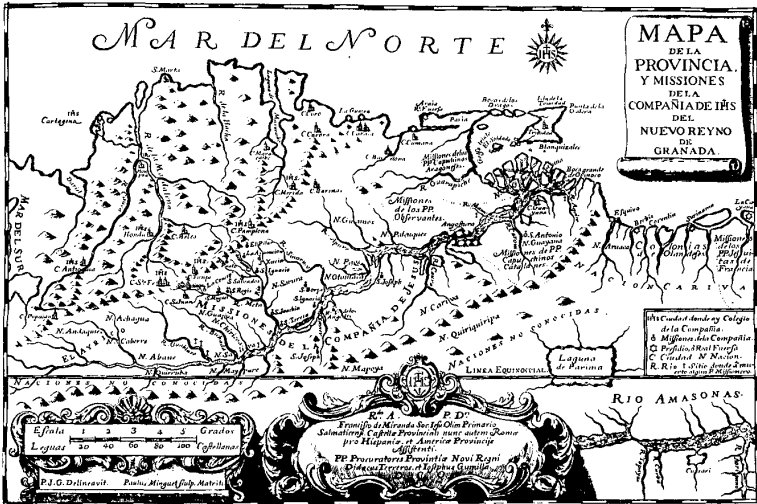
Los años ochenta se han visto marcados por la acentuación de la crisis, el ascenso de un sentimiento de inseguridad, la impotencia de las terapias del poder político para acabar con la crisis, el agotamiento de las ideologías y el ascenso correlativo del individualismo, del repliegue sobre sí. En este escenario, propicio para los demagogos, hemos presenciado un resur-

<sup>23</sup> Miller, *Bon*, 1987.

<sup>24</sup> Dreyfus, *Sources*, 1987.

gimiento de la barbarie fascizante —que había quedado olvidada desde 1945. En el plano político, Francia vio renacer una extrema derecha persistente, que llegó para quedarse en el panorama político francés, con un índice electoral promedio del 15%. En este contexto, los colaboracionistas de ayer y sus jóvenes émulos han salido del silencio. Darquier de Pellepoix, de siniestra memoria, responsable de la cuestión judía en Vichy, declaraba en 1980 a *L'Express* que el zyklon B empleado por los nazis en sus cámaras de gas no era más que un vulgar insecticida contra las pulgas. Por su parte, el neonazi Marc Frediksen se atreve a afirmar, en ocasión de su proceso, ante la 17 cámara correccional: “¡Los judíos inventaron su muerte!” Estas declaraciones abyectas encuentran incluso un aval universitario con la tesis

que defiende un especialista de Rimbaud y de Lautréamont, Robert Faurisson, quien profesa que los alemanes nunca utilizaron las cámaras de gas para la exterminación colectiva, tesis que se autocalifica de revisionista. Este vergonzoso desafío a la verdad histórica, verdadera ignominia arrojada contra toda una generación asesinada a su paso por los campos nazis, se topa con la corporación historiadora cortándole el camino. En la década de los ochenta proliferan los trabajos sobre el periodo. Los historiadores multiplican los estudios para restituir la verdad de los hechos y también los testimonios de los que escaparon se multiplican. Pierre Vidal-Naquet tendrá un importante papel en esta contraofensiva historiadora, con sus intervenciones medidas pero vigorosas y el ajuste de cuentas a esos mercena-



rios en *Les assassins de la mémoire*. Los antiguos deportados han reunido sus recuerdos, como los del campo de Oranienburg-Sachsenhausen, que publicaron su testimonio en la prestigiosa colección Terre Humaine de Plon en 1982.<sup>25</sup> La obra, entre otras muchas, reúne en sí misma más de 300 testimonios inéditos, reconstitución de la vida de martirios que conocieron estos deportados a las puertas de Berlín. No era sólo el conocido transcurrir de una jornada del prisionero en los campos; en éste de Oranienburg-Sachsenhausen, sede de la inspección general de todos los campos de concentración, se experimentaban los métodos de exterminio, como se haría en un establecimiento piloto: camiones transformados en cámaras ambulantes de gas, prácticas de tiro de balas envenenadas con centenas de prisioneros. Era hora de reunir todos esos testimonios antes de que desaparecieran sus autores.

El regreso a este oscuro periodo fue también ocasión para destruir una serie de mitos, como el de la resistencia en Francia a partir del llamado del 18 de junio de 1940. Henri Amouroux titula correctamente el primer volumen de su enorme fresco sobre la vida de los franceses bajo la ocupación, *40 millions de pétainistes*; y los trabajos del historiador estadounidense Paxton sobre Vichy ponen en entredicho la tesis del doble juego. En los ochenta, los historiadores franceses continúan con la labor: Henri Michel, Jean-Pierre Azéma, Pascal Ory, Yves

Durand, Henry Rousso han multiplicado los trabajos históricos sobre los diversos aspectos de la colaboración —la verdadera naturaleza del régimen de Vichy. La historia que se descubre es la de un fracaso moral, y en ocasiones le cuesta abrirse paso por el peligroso camino de la verdad histórica, como demuestran las dificultades con las que tropezó Pascal Fouché para acceder a las fuentes históricas de su obra, publicada en 1987, sobre los editores franceses en tiempos de la ocupación.<sup>26</sup> No pudo acceder ni a los archivos del Cercle de la Librairie, ni a los del Sindicato de Editores. Sin embargo, tuvo bastantes fuentes y textos para demostrar hasta qué punto las ediciones francesas se dejaron manipular por el ocupante y cómo, haciendo primero una concesión y luego otra, jugaron el juego que los nazis les asignaron. Hoy sabemos, de manera incontestable, que la redada del Velódromo de Invierno fue obra de la policía francesa bajo las órdenes de Vichy, y que fue por iniciativa del gobierno de Pétain que se condujo a los niños a la muerte... Tantas revelaciones que contrastan con la visión heroica de la Francia resistente hasta entonces predominante. Con esta reevaluación, el historiador encuentra su verdadera misión en ese trabajo delicado que consiste en dar su parte al mito y dar su parte a la verdad.

El reto no es limitarse a hacer un repertorio del pasado, pues éste es una pieza esencial en la construcción de nuestro futuro. De ahí que la historia deba seguir siendo una escuela

<sup>25</sup> Oranienburg-Sachsenhausen, *Sachso*, 1982.

<sup>26</sup> Fouché, *Edition*, 1987.

de vigilancia y un método de aproximación a lo real con toda su complejidad, sus contradicciones y, más que nada, su globalidad, lo que no siempre es el caso en una coyuntura donde se ha otorgado el dominio a una historia fragmentada, en migajas, que a menudo ha renunciado a alcanzar los horizontes de una historia total. Esta evolución revela una verdadera crisis de identidad de la historia, en pos de su objeto y de la singularidad de sus procedimientos; crisis subterránea, pues ha estado oculta por el éxito siempre confirmado de su eco público.

El movimiento general que ha llevado al historiador a un repliegue sobre el individuo, es la señal de una crisis profunda de la idea misma de historicidad, que ha conducido al historiador a orientar sus cuestionamientos hacia las representaciones en la historia, hacia ese corte infranqueable que traza de manera discontinua nuestra relación con los diversos *Lieux de mémoire* de una poshistoria, prolegómenos de una historia puramente interpretativa desde una perspectiva genealógica.

#### BIBLIOGRAFÍA

-Agulhon, M., *La république au village*, Le Seuil, París, 1979.

— — —, *Histoire vagabonde*, 2 vols., Gallimard, París, 1988.

-Beaune, Colette, *Naissance de la nation française*, Gallimard, París.

-Braudel, Fernand, *L'identité de la France*, Flammarion, París, 1986.

-Burguière, André, Jacques Revel (comps.), *Histoire de la France*, Le Seuil, París, 1989.

-Chartier, R., *L'histoire en France*, La Découverte, París, 1990.

-Citron, S., *Le Mythe national*, EDI, 1987.

-Coutau-Bégarie, *Le phénomène nouvelle histoire*, Economica, París, 1983.

-Dosse, François, *L'Histoire en miettes, des Annales à la nouvelle histoire*, Valencia, 1989.

— — —, *Histoire du structuralisme*, 2 vols., La Découverte, París, 1991-1992.

-Dreyfus, M., *Les sources de l'histoire ouvrière, sociale et industrielle en France XIX<sup>e</sup> XX<sup>e</sup> siècle*, Editions Ouvrières, 1987.

-Duby, Georges, *Le Magazine littéraire*, París, 1987.

-Duby, G. y E. Le Roy Ladurie (eds.), *Histoire de France*, Hachette, París, 1987.

-Fouché, P., *L'Édition française sous l'occupation*, Bibliothèque de Littérature Française Contemporaine de l'Université Paris, VII, París, 1987.

-Furet, François, Mona Ozouf y otros, *Dictionnaire critique de la révolution française*, Flammarion, París, 1989.

-Ginzburg, Carlo, *Le fromage et les vers (El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI)*, Barcelona, 1982).

-Hamon, Maurice, Félix Torres, *Mémoire d'avenir. L'histoire dans l'entreprise*, Economica, 1987.

-Meyer, Jean y otros, *Histoire de la France coloniale*, 2 vols., A. Colin, París, 1990-1991.

-Miller, Michael B., *Au bon marché (1869-1920). Le consommateur apprivoisé*, A. Colin, París, 1987.

-Noirel, G., "Pour une approche subjective du social", *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, noviembre-diciembre 1989.

— — —, *La tyrannie du national. Le droit d'asile en Europe 1793-1933*, Calmann-Lévy, 1991.

-Nora, Pierre, *Les lieux de mémoire. La république*, Gallimard, París, 1984.

— — —, *Essais d'ego-histoire*, Gallimard, Paris, 1987.

-Oranienburg-Sachsenhausen, Amicale d', *Sachso*, Plon, Paris, 1982 (Terre Humaine).

-Rémond, René (comp.), *Pour une histoire politique*, Le Seuil, Paris, 1988.

-Sirinelli, J. F. (comp.), *Génération intellectuelle*, Fayard, Paris, 1988.

-Vidal-Naquet, Pierre, *Les assassins de la mémoire*, La Découverte, Paris, 1987.

